

¿NACIDO ENTRE SÁBANAS DE SEDA? LO QUE LA SIGUIENTE GENERACIÓN DEBE SABER SOBRE EL PATRIMONIO

Por Rosa Nelly Trevinyo-Rodríguez, candidata Doctoral del IESE

Aun cuando los fundadores y los miembros de la siguiente generación suelen compartir una visión o sueño futuro en relación al negocio familiar, existe una gran diferencia en la percepción y uso que ambas partes hacen de dos recursos escasos: *tiempo* y *dinero*. Las diferencias, tanto en los valores personales como en el bagaje de experiencias vividas entre generaciones, hacen que mientras una parte aprecie más el trabajo arduo, el ahorro y la inversión, la otra valore más la calidad de vida, el consumo y el estilo *dolce far niente*. De hecho, se estima que al menos un 80% de las siguientes generaciones tienen algún problema en relación a la gestión del patrimonio familiar una vez que éste llega a sus manos. ¿Las causas? La mayoría de las veces es debido a la inexperiencia en el manejo del capital, mientras en otras ocasiones –aunque las menos– es porque los sucesores limitan sus posibilidades de inversión sólo a aquellos negocios que sus predecesores hubieran aprobado, sin darse cuenta de que la renovación estratégico-financiera es clave para salvaguardar el patrimonio familiar.

El patrimonio familiar conlleva responsabilidades. Cuando los miembros de la siguiente generación no están preparados para organizarlo, pueden caer en errores que erosionen lo poco o mucho que han recibido, diluyendo así su derecho y obligación de administrar la riqueza de futuras generaciones. A continuación presentamos algunos puntos que, si se tienen en mente, pueden ayudar a los sucesores a mantener (e incluso incrementar) el legado que tanto costó a generaciones previas amasar.

1. Establece tus valores, toma el control de tus gastos y cuida tus amistades.

Es muy común que los miembros de la siguiente generación tengan acceso a círculos sociales selectos y posean amistades renombradas en la comunidad. Esto les lleva a frecuentar lugares distinguidos, vestir ropa *chic* y "gastar" importantes cantidades de dinero en ocio. Sin embargo, es recomendable que tan pronto el miembro de la siguiente generación tenga acceso al capital familiar (y preferiblemente desde antes) tome consciencia de su tren de vida.

Si mis amistades gastan mucho, y yo asisto con ellas a todos los eventos culturales y sociales, es evidente que tenderé a desembolsar más o menos iguales cantidades de dinero que ellos. En esta situación, es necesario un ejercicio de auto-análisis. ¿Qué valoro yo? ¿Qué me ha enseñado mi familia? ¿Cómo me educaron mis padres? ¿Cuánto y en

qué gastaban ellos? Hay que tomar el control de nuestro consumo para saber hasta dónde podemos seguir a nuestras "amistades" y a partir de dónde no. Retirarnos a tiempo de las juergas interminables y de las amistades *peligrosas* es el mejor favor que podemos hacer a nuestros futuros hijos y nietos. Y es que quien sólo está contigo porque puede gastar contigo, no será una buena compañía cuando no tengas riqueza que derrochar. ¿O acaso piensas que tus amistades te sacarán de los apuros económicos en que tú mismo te has metido?

Por supuesto, debes cuidar tus amistades, pero ¡jojo!: no descuides tu bolsillo. No dejes que los demás decidan cuánto debes gastar; decide por ti mismo. Y, si no eres capaz, busca un buen asesor financiero que mantenga a salvo tu patrimonio y el de tu familia. Muchas veces los fideicomisos pueden ser una buena solución. ¡Valóralo!

2. Nunca pienses que tienes tu vida solucionada. Ahorra desde joven y sigue trabajando ardua y disciplinadamente.

Cuando nuestros padres han sido exitosos en sus empresas, podemos pensar que, como miembros de la siguiente generación, tenemos la vida asegurada. No necesitamos preocuparnos de nada porque papá o mamá nos han arreglado la vida de manera que no suframos para que no nos inquietemos y, si queremos, ni siquiera trabajemos. Cuando por nuestra cabeza comienzan a rondar estos pensamientos, es mejor que hagamos un alto. ¿Acaso no tenemos un proyecto de vida desafiante por el que luchar y trabajar? Si no tenemos un reto o una meta por alcanzar, pronto nos aburriremos de gastar la fortuna que nuestra familia puede habernos dejado. Incluso, llegará el momento en que probablemente ya no tengamos qué gastar. Es en esos momentos cuando la siguiente generación se da cuenta de que no sabe hacer nada, carece de ahorros y de que, por su falta de visión y prudencia, tiene que vivir limitada, y como nunca lo ha hecho, suele hallarse al borde de la desesperación.

¿Cómo evitarlo? La clave se llama "disciplina". Si somos disciplinados en nuestros actos, si trabajamos día a día y economizamos continuamente no sólo creceremos como personas –desarrollando virtudes– sino que también nuestro patrimonio crecerá con nosotros. Ahorrar desde temprana edad y convertir esta acción en un hábito nos asegurará que nunca pasaremos penas financieras. Trabajar y emprender nuevos proyectos mantendrá nuestra mente activa, nuestro espíritu vivo y nuestro entusiasmo encendido. Tener un sueño a largo plazo, luchar por él y conseguirlo nos brindará autosatisfacción, fortalecerá la confianza en nosotros mismos y hará que nos sintamos útiles, con ganas de seguir adelante, con ánimo de vivir.

3. Estudia finanzas y economía. Aprende a invertir.

Comprender cómo operan los mercados, cómo se genera el flujo de efectivo y en qué consisten las necesidades operativas de fondos nos ayudará a darnos cuenta de dónde sale el dinero que tenemos, cómo podemos hacerlo crecer y de qué manera podemos hacer que trabaje para nosotros. Aprender a hacer inversiones y a detectar oportunidades de negocio es primordial para mantener e incrementar la riqueza que

estamos administrando. Una riqueza que, aunque estemos gestionando no nos corresponde enteramente. Nuestra misión debe ser transmitirla a las futuras generaciones.

Conocer cómo generamos y usamos el capital nos dará información sobre hasta qué punto podemos arriesgar el patrimonio familiar. ¿Qué tipo de oportunidad de negocio debemos perseguir? ¿Debemos ser conservadores o arriesgados? ¿En base a qué medimos nuestro riesgo? ¿Cuánto es lo máximo de lo que podría disponer si quisiera invertir en una operación sin dañar el patrimonio de futuras generaciones?

Nunca debemos arriesgar todo lo que tenemos. ¿La razón? En realidad, ¡no es nuestro! Seguro que cuando los fundadores iniciaron su negocio hubo veces que se jugaron el todo por el todo, pero ahora no estamos en esa posición. Ellos no tenían nada que perder. Nosotros tenemos detrás el trabajo de varias generaciones. Esto no quiere decir que no corramos ciertos riesgos calculados. Si no arriesgamos un poco, tampoco ganaremos.

Invertir el dinero ya sea en acciones, fondos de inversión y sobre todo en un buen plan de pensiones son algunas de las formas más utilizadas para perpetuar el capital. Buscar oportunidades de negocio innovadoras que por su potencial pudieran ser revolucionarias es otra opción, aunque mucho más osada. Si la oportunidad es muy compleja y no logramos entender cómo funciona, es mejor no arriesgar. Poder determinar aspectos como el retorno de la inversión y el tiempo que tardaremos en recuperar nuestra inversión es fundamental para decidir si una opción merece o no la pena. Utilizando matemáticas simples –sumas, restas, multiplicaciones, divisiones– y una buena dosis de sentido común podremos gestionar el riesgo, no evitarlo.

Sea como sea, hay que ser conscientes de que hay veces en que se gana y hay otras en que se pierde. Debemos ser maduros y prudentes en nuestras acciones, pero sobre todo, debemos saber ganar y perder. Aprender de nuestros aciertos y fracasos nos garantizará una mejor organización empresarial tanto a corto como largo plazo.

4. Contrata un buen contable, un excelente abogado fiscal y un magnífico planificador de inversiones.

Tener un buen equipo de profesionales de soporte que vele por los intereses familiares y por el patrimonio que administramos es como contar con una red de contención cuando realizamos ejercicios en el trapecio. Debemos ser capaces de asumir que no somos ni podemos ser expertos en todo. Contratar a gente más inteligente y mejor preparada que nosotros es casi siempre un acierto. ¿Por qué? Fácil, porque ellos nos aconsejan qué podemos hacer, cuándo y cómo para maximizar nuestros intereses.

Ya sea mediante el aprovechamiento de ventajas impositivas ó ayudándonos a blindar nuestro patrimonio para hacer frente a futuros problemas (financieros, familiares, legales, etc.) estos profesionales nos ayudan a ganar dinero. Claro que tener colaboradores buenos, serios y profesionales cuesta. Sin embargo, tener a un especialista en su campo que conozca los tejes y manejes del área, que esté al día de las disposiciones contables o legales y que pueda hacer frente rápida y efectivamente a

cualquier situación que se nos presente vale su peso en oro. ¿O acaso pudiendo contratarlo no pagaría por tener un seguro médico de calidad? En cuestiones profesionales es lo mismo. Uno nunca sabe cuándo los necesitaremos imperiosamente, pero esperamos que cuando así sea, los mejores estén de nuestro lado.

Nuestra misión como "guardianes" del patrimonio familiar es saber un poco de todo y analizar si lo que nos proponen los especialistas del área es o no lo que nos conviene. En una palabra, debemos ser "generalistas". Nosotros decidimos "qué y por qué"; el cómo y el cuándo lo proponen ellos. Y, aunque a veces suene poco importante, en términos contables, legales y financieros, el orden de los factores, sí altera el producto. ¡Nunca está de más pedir consejo!

5. Enseña a tus hijos a cuidar el dinero.

¿Cómo queremos que nuestros hijos sepan administrar el patrimonio familiar si no los enseñamos a hacerlo? Cuando hablamos de dinero, propiedades e inversiones familiares es muy común que existan secretismos y reservas, especialmente cuando la conversación es en la dirección padres-hijos. Algunos padres no se sienten cómodos hablando de gestión y planificación del patrimonio con los hijos. Sin embargo, no se dan cuenta que lo único que logran es mantener cautiva "a la gallina de los huevos de oro". Su conocimiento sobre cómo hacer crecer la riqueza es totalmente ignorado por los miembros de la siguiente generación.

No estamos diciendo que los padres deban compartir de golpe con los hijos la información sobre todas y cada una de sus posesiones. Lo que estamos sugiriendo es que tomen algunas cuentas de su capital y comiencen a "enseñar" a los miembros de la siguiente generación cómo gestionarlas. Los padres deben preparar a sus hijos para que sean herederos. Hay que hablar de "dinero" con los chicos desde pequeños. Y, cuando todavía no están en edad de comprender conceptos complejos, comenzar a entrenarlos con juegos, simulaciones, y ejemplos básicos. De esta forma, los niños se divertirán, aprenderán y se prepararán para un futuro, abriendo canales de comunicación y fomentando la interacción intrafamiliar.

6. Comparte y ayuda a los demás.

Cuando la vida nos ha tratado bien, debemos devolver a la comunidad un poco de lo mucho que hemos recibido. Ya sea mediante el servicio, la caridad o a través de organizaciones que estimulen el cambio social —como las fundaciones—. Intentemos ayudar a los demás y contribuir a que nuestra ciudad, región, Estado o país sean lugares mejores para vivir. Apoyos en educación, salud, infraestructura, servicios sociales, ecológicos y sanitarios serán siempre necesarios. La finalidad de nuestro negocio familiar no es solamente la de hacer dinero, sino la de trascender. Y qué mejor manera de trascender que dejando un legado no sólo a nuestros hijos, sino también a la comunidad. Además, por si la vocación de servicio no fuera suficiente, seguramente su asesor financiero y su abogado encontrarán algunas ventajas económicas: ¡desgravan impuestos!

Conclusión

Perpetuar el patrimonio familiar no es cosa de uno, dos o tres días. Es un proceso largo que comienza desde que uno nace. Enseñar a la siguiente generación a administrar la riqueza de la familia de manera que pueda traspasarla luego a futuras generaciones es trabajo de todos. Por un lado, los padres deben concienciarse de que tienen la obligación de enseñar a sus hijos a "sembrar y cosechar" de manera que puedan vivir luego. Y, por el otro, los miembros de la siguiente generación deben responsabilizarse y cuidar "la gallina de los huevos de oro" que están recibiendo. Sólo poniendo los pies en el suelo y siendo humildes se puede tener una gallina que dé huevos de oro sin subir por la gigantesca planta de habichuelas y vivir en las nubes.